

siguiente, la repugnancia invencible á tal tropiezo hace de su doctrina un fatalismo, en el cual se anegan las dos grandes ideas morales características de la persona humana, la libertad y la responsabilidad. No se puede separar una idea del tiempo en que nace. Y la idea de Calvino exigíale con grande exigencia el reinado material de Dios; y para este reinado material de Dios y este culto á la vida práctica cristiana, habia menester una tan grande abnegacion del hombre, que no creia conseguirla, sino despues de haberla violentamente impuesto. Toda grande obra humana, por duradera que parezca, ha de pagar este tributo á la realidad que la recoge y que la abriga en los dias de su nacimiento.

## CAPITULO XI

MIGUEL SERVET Y JUAN CALVINO

Pocos hombres despiertan la curiosidad y atraen la general atencion, como el doctor navarro de padres aragoneses, que poco despues de haber descubierto Copérnico en sus astronómicas observaciones cómo discurre la tierra por el cielo, descubrió, á su vez, en los estudios fisiológicos y naturalistas, cómo circula por el cuerpo la sangre. Si la vida errante y aventurera, si la consagracion total á las ideas, si el combate con los ortodoxos luteranos y católicos, si la conjuncion de altísimo talento sintético y profundo talento analizador, si las aptitudes de un metafísico juntas con las aptitudes de un médico no le dieran tanto y tan dramático interés, daríasele su nefasta muerte: que no hay resplandor para iluminar un alma y esclarecerla con los reflejos de la inmortalidad, en estos períodos de combate, como la luz siniestra de las horribles hogueras del martirio.

Ninguno de todos estos pensadores viene súbitamente al mundo. Todos ellos encuentran sus raíces en los pensamientos diseminados por la conciencia antes de su aparicion providencial; y todos ellos se nutren y alimentan con el jugo de las ideas de su siglo. Grandes por algunos pensamientos propios, como descubridores que son de nuevos celages ó de nuevos orbes en los senos de la conciencia, iluminan con algunas gotas de luz parecidas á estrellas los hemisferios del humano espíritu; y despues, ó bien caen, por regla general, en la uniformidad de los abismos tenebrosos que forman la noche, ó bien brillan con el tenue é indistinto resplandor de la vía láctea, en compañía de numerosos espíritus análogos, los cuales componen grupos de pen-



sadores, semejantes á las jerarquías angélicas en el Empíreo católico y á las constelaciones sidéreas en el inmenso espacio.

En presencia, pues, de todos los ingenios extraordinarios, precisa estimar aquello que deben á lo pasado, aquello que deben á su siglo y aquello que deben á la propia inspiracion y al propio pensamiento. Dificil tarea esta, por la multitud de estudios que supone y exige; mas dificil aun, tratándose de grandes almas, que tocan á los dos polos del universo científico, á las ciencias abstractas y á las ciencias naturales; dificilísima en el Renacimiento, que parecia centuplicar las fuerzas del hombre, y darle á este, con su electricidad y con su calor, las gigantescas estaturas y las colosales proporciones alcanzadas por los sitiadores del Olimpo divino en los metamorfoseos de los poetas antiguos. La correccion y la unidad del tipo clásico no se halla, no, en estos grandes iniciadores de nuestros grandes tiempos. Allá en Grecia y Roma, cada hombre cumple ministerio unipersonal y único. Por algun poeta casi filósofo como Lucrecio, y por algun médico casi metafísico como Hipócrates, hallais, en cambio, una inmensa muchedumbre de grandes ingenios, á quienes les ha faltado tiempo y vida para seguir y realizar una sola vocacion y un solo destino. Épico Homero, trágico Sófocles, lírico Píndaro, historiador Herodoto, filósofo Platon, poeta de la sociedad Horacio, poeta del campo Virgilio, poeta de la política Lucano, poeta de la sátira Juvenal, han hecho de sus respectivas profesiones otros tantos pedestales donde se levantan como armoniosas é imperecederas estatuas. Pero, en el siglo décimosexto, ha vivido tanto la humanidad, se ha desarrollado tanto el planeta; la historia, recién desenterrada, tiene halagos tan seductores para los entendimientos; la naturaleza, rejuvenecida, llama el amor humano á su hermosísimo seno con tales provocaciones; todo aquel espíritu artístico y literario, que hiciera de Grecia la musa de la historia; todo aquel espíritu religioso y profético, que hiciera de Jerusalem la sacerdotisa del divino templo; todo aquel espíritu científico, que hiciera de Alejandría la maestra del saber humano y la intérprete del gran museo de las ideas; todas estas tres direcciones, cada una de las cuales encierra los tres infinitos, el ideal de lo hermoso, el ideal de lo bueno, el ideal de lo verdadero, se juntan en tal ayuntamiento que producen mundos rutilantes habitados por espíritus universales y sintéticos.

¿Dónde hallareis un Leonardo de Vinci pintor, matemático, geólogo, arquitecto, ingeniero; dónde? ¿Quién sobrepujará en aptitudes varias al escultor de la Noche, al pintor de la Sixtina, al defensor de San Miniato, al poeta de Vitoria Colonna, al arquitecto que ha cogido del abismo el panteon clásico y lo ha lanzado á los aires? Está en la complexion y naturaleza del siglo décimosexto semejante universalidad. La tiene tambien Servet, humanista, filósofo, astrónomo, fisiólogo, químico, naturalista, teólogo, un sabio digno de tan luminoso como creador ciclo. Así la inquietud del pensamiento agitará como una especie de Sibila en demencia su acalorado cerebro; así la vibracion de sus nervios, dándole una gran variedad de profundas emociones, le dará tambien una gran variedad de riquísimas aptitudes. Su casta y única esposa será la ciencia; su ocupacion el trabajo y el combate por la idea; su posteridad los libros. Nada le interesará, ni el placer, ni la ambicion, ni la riqueza, como le interesa la verdad. Por poseerla pasará sus noches en claro y sus dias en ayuno; por salvarla, combatirá con heroismo y morirá en el martirio. La idea es la sangre de su sangre y el alma de su alma.

Imposible conocer un hombre de tan claro linaje, imposible sin estudiar el movimiento que lo impulsa y el espíritu que lo anima. Los grandes soles brillan en el espacio porque condensan la luz; las grandes almas brillan en el tiempo porque condensan la idea. Toda sociedad es un sistema; y todo sistema es un organismo. Así como en el sistema se unen y enlazan las ideas en serie, las instituciones, á su vez, tambien se unen y enlazan en las sociedades, á pesar de su realidad, con rigorismo verdaderamente lógico. El rayo que hirió al Pontificado, hirió á la teología, hirió á la escolástica, hirió al arte católico, hirió al pintor litúrgico, hirió á la catedral gótica. Los nominalistas y los realistas, pretendiendo anularse mutuamente, anulan el sistema que los ha engendrado, y desaparecen de las escuelas como si una sola voz los hubiera despedido. Los edificios góticos se interrumpen todos casi á un mismo tiempo, y sus arcos ojivales se truecan en arcos de medio punto, cediendo el genio ortodoxo de la Edad media su puesto al genio clásico de los griegos y de los romanos, lo mismo en la Basílica de los Papas que en el Escorial de Felipe II. A las místicas visiones del Dante suceden las sensuales visiones de Ariosto. El Cristo muerto de Giunta da Pisa, resucita en el tercer siglo,



á la voz del paganismo, por los frescos de Rafael y de Correggio. Al Pontificado de Gregorio VII é Inocencio III, verdaderamente católicos, sucede el Pontificado de Alejandro VI y Leon X, verdaderamente paganos. La ciencia no se llama ya Santo Tomás, se llama Vives ó Erasmo; la elocuencia no se llama San Bernardo, se llama Savonarola ó Lutero. ¡Inmensa transformacion!

¿Por qué ha cambiado todo esto? Porque ha cambiado la antigua metafísica. Todos aquellos místicos, sucesores de los últimos nominalistas, que, tras la grandiosa síntesis de Santo Tomás entre la teología de los ortodoxos y el Aristóteles de los árabes, declaraban imposible razonar la fe, y abrian un abismo insondable entre la ciencia y la creencia, iban derechamente á la revolucion religiosa. Lo mismo descomponian el dogma Wicleff, Juan Huss, Jerónimo de Praga, desde las iglesias, que Roger Bacon, Raimundo Lulio, ó Nicolás Clemanger, desde las escuelas. Aquellos, los teólogos, ora pedian el cáliz para los laicos, ora la interpretacion sacerdotal de la Biblia para las conciencias; y estos, los sabios, ora ponian la fecundidad de las leyes naturales sobre las logomaquias de los silogismos escolásticos, ora declaraban que la razon y la ciencia no pueden demostrar el dogma, con todo lo cual, aunque estén ellos esclarecidos por las reverberaciones panteísticas de un misticismo iluminista; sin quererlo, sin pensarlo, sin decirlo, á despecho suyo, indeliberadamente, abren las vías del racionalismo moderno.

La caida de Constantinopla se asemejó á la caida de Troya; los hefenos venian, como el infeliz Eneas con sus penates de Ilion al seno del Lacio, trayéndonos sus recuerdos y sus manuscritos, humedecidos por las olas del naufragio y santificados con las lágrimas del infortunio; así como las cruzadas no sirvieron para rescatar el sepulcro de Cristo y sirvieron para traer la cuna del municipio y del pueblo, los concilios de Rávena y de Florencia no sirvieron para unir el Papa de Roma con el Patriarca de Constantinopla, y sirvieron para unir el genio de Italia con el genio de Grecia; y Platon ascendió, trasfigurado, á los altares de Jehová, y el Verbo divino, mezclándose á la miel del Híbla, pasó por los labios creadores de los artistas que llenaban con sus coros los jardines del Arno; y al empirismo escueto de las áridas escuelas tomísticas, sucedió un Universo

idealizado, etéreo, trasparente, dentro del cual sobrenaturales virtudes mágicas se comunicaban con estirpes y jerarquías angélicas, venidas á bandadas, como en los primeros instantes de la creacion, ceñidas del iris, palpitantes de amor, con los ojos llenos de celestiales alboradas, las gargantas de beatíficos cantares, las manos de áureas arpas, á sembrar ideas nuevas y nuevas revelaciones en el espacio animado como por una eterna primavera y en el espíritu rejuvenecido como por una embriagadora esperanza.

Habia en aquel instante dentro de la Iglesia católica, á la solemne aparicion de tantas herejías contra el catolicismo, algo de lo que hubo en la Iglesia pagana, á la solemne aparicion de tantas sectas, contra el Paganismo en la primera edad del dogma cristiano. De igual suerte que Plotino, Proclo y Jamblico elaboraban una especie de paganismo idealista, espiritual, con ideas sobre Dios, el Verbo, el espíritu, capaces de ofuscar el dogma cristiano; los grandes filósofos del Renacimiento, con prevision profética antes de la Reforma, y despues de la Reforma con madurez profunda, elaboraban una especie de cristianismo platónico tambien, espiritualista, místico, etéreo, que pudiera fácilmente separar los labios ardientes de los católicos así del naturalismo aristotélico y sensualista como de la revolucion religiosa y germánica que por sus tendencias idealistas se llevaba consigo una parte considerable de las mayores y mas luminosas inteligencias en esta fase del Renacimiento. No se acaba nunca de penetrar en los grandes misterios históricos. Aquel Aristóteles, que llamaba las almas, divertidas de la contemplacion del mundo, á la realidad y á la experiencia, sirvió en los siglos medios, inoculado por los árabes y los judíos en la Iglesia, para mezclar cierto naturalismo con la excesiva idealidad cristiana; y aquel Platon, eterno sacerdote de lo divino, eterno intérprete de lo misterioso y sobrenatural, mediador entre la tierra y el cielo, sirvió para llevar al seno del Renacimiento, propenso de suyo al naturalismo, y al seno de la Iglesia, paganizada y materialista entonces, las ideas sobre los arquetipos eternos, el Verbo increado, el Espíritu santo, la inmortalidad del alma, que levantan á lo absoluto nuestras alas cuando las abruma y las paraliza el barro de la tierra. Por manera que Platon sirvió igualmente al Paganismo y al Cristianismo, al paso de circunstancias análogas; como si en aquella grande alma se hubiera condensado toda la idealidad del espíritu.